

Universidad, Identidad y Misión: Responsabilidad y Función de la Universidad en la Era de la Globalización

SALOMÓN LERNER FEBRES *

RESUMEN: Este artículo presenta algunas notas resaltantes sobre la universidad, tanto sobre sus orígenes como respecto de las tareas indispensables que debe realizar en el marco de la sociedad actual. En un contexto en el que los cambios económicos y sociales son más vertiginosos y prima una visión de estricta ganancia material, las principales funciones de la universidad son puestas en cuestión. Frente a una visión en la que solo importa la formación técnica de profesionales especializados únicamente en una rama del saber, resulta importante reivindicar la labor universitaria como depositaria del conocimiento en toda la extensión de la palabra, así como para su creación y transmisión. En particular, en el caso de las universidades católicas, ello implica una mirada ética en la que fe y razón no se encuentran divorciadas, sino que se complementan para dar sentido a la formación de seres humanos, profesionales y ciudadanos comprometidos con su entorno. Por ello, la universidad no debe sucumbir a la degradación del lenguaje y continuar siendo un lugar para el debate y la crítica.

En un contexto mundial en el que los cambios son más rápidos y en el que prima una visión estrictamente centrada en los aspectos económicos, resulta importante reflexionar sobre la raíz de la tarea universitaria, en medio de la era de la globalización en la cual vivimos.

El ritmo intenso que tienen estos nuevos tiempos nos hace concentrar, muchas veces, antes que en la creación de conocimiento, en la producción de profesionales que cuentan con los saberes y técnicas indispensables para afrontar su carrera. Sin embargo, si no comprendemos a fondo que nuestra tarea va más allá de la creación de nuevos talentos en masa, seguiremos deformando la visión sobre una institución fundamental para el quehacer de las sociedades. Es en la universidad donde se preparan los

N

* *Pontificia Universidad Católica del Perú* (Lima, Peru). – This text can be quoted as follows: Salomon Lerner Febres, “Universidad, Identidad y Misión: Responsabilidad y Función de la Universidad en la Era de la Globalización”. In: João J. Vila-Chã (Org.), *Order and Disorder in the Age of Globalization(s): Philosophy and the Development of Cultures*. Fourth World Congress of COMIUCAP (Johannesburg, South Africa), November of 2013.

jóvenes para afrontar el mundo del trabajo, pero también el espacio para adquirir experiencia vital y un amplio bagaje cultural en el sentido más amplio de la palabra, así como para empezar a vivir su vida como ciudadanos con todos sus derechos y deberes.

En el caso de las universidades católicas, esta cuestión cobra un significado especial. La fe y la razón caminan juntas en nuestros claustros. Procuramos una razón valiente, que no se refugia en la neutralidad ni en el cinismo, que no renuncia a hacerse preguntas y no retrocede en la búsqueda de sólidos cimientos para el conocimiento y la vida buena. Y practicamos una fe tolerante al poder de la razón, que no le teme sino que ve en ella un medio más para hacer encarnar el mensaje evangélico en la Tierra. Una creencia que no debe ser utilizada para cerrar temas de discusión, ni para excluir a profesores y alumnos por sus calidades personales o sus opiniones, o para refugiarse en una visión acrítica. Por el contrario, la vocación por el diálogo entre fe y razón fructifica en un sentido ético que el quehacer universitario debe tener como guía de su actuación.

Por ello, es importante señalar algunas notas resaltantes sobre la universidad, tanto sobre sus orígenes como respecto de las tareas indispensables que debe realizar en el marco de la sociedad actual. Solo así, apelando a la historia y a su propia esencia, podremos reflexionar respecto del sentido de una organización fundamental.

Origen de la Universidad

El nacimiento de la Universidad, acontecido durante el período de tránsito entre los siglos XII y XIII, fue la respuesta social a las exigencias concretas y circunstancias específicas de una época caracterizada por la proliferación de las áreas del saber, la expansión progresiva de la vocación teórica y el renacimiento intelectual que, en torno a la Filosofía y a la Teología, se inició en el siglo XI.

El término *universitas*, derivación de *universum*, está referido a la totalidad, a la reunión coherente y organizada en un todo. Aplicado a la institución universitaria, esto puede ser entendido en dos sentidos. En primer lugar, la Universidad o *universitas magistrorum et scholarium*, nombre con el que se la designó por primera vez en 1208, fue concebida como la agrupación general de maestros y alumnos impulsados por un propósito común. Este espíritu comunitario surgió a partir de la transformación de los antiguos albergues o colegios, que acogían a los estudiantes quienes, antes de la consolidación de los modernos Estados nacionales, recorrían el continente europeo en solitario peregrinaje. De este modo, un gran número de núcleos urbanos tuvo la posibilidad de consolidar auténticos gremios que, paralelamente y en forma similar a las asociaciones de artesanos, permitieron el desarrollo tanto de la actividad intelectual como de la praxis intersubjetiva y solidaria inherente a la convivencia social.

Este espíritu fue parte de una tradición que se remontaba a las escuelas monacales y episcopales, en las cuales el sentimiento de participación en la tarea común de descubrir a la vez que comunicar la verdad guiaba las acciones y el diálogo de quienes libremente se sumaron a la actividad especulativa. La institución universitaria fue una creación sui generis en el mundo occidental, un verdadero universo social dedicado íntegramente al cultivo del espíritu.

Estas voluntades unidas se encaminaron, por la senda del conocimiento, a encontrar refugio en una serie de disciplinas que, aunque disímiles en apariencia, estaban articuladas todas bajo el imperio omniabarcante del saber. Lo cual nos conduce a considerar el segundo sentido en que puede ser entendida la Universidad como totalidad. Ésta, además de una agrupación de maestros y alumnos, se afirmó como la institución en la cual se congregaba el saber en base a un todo articulado. La denominación de *universitas litterarum et scientiarum*, que hace referencia al conjunto total del saber, no implicaba una mera sumatoria de conocimientos desvinculados entre sí; por el contrario, el todo aludido en dicha designación tenía que ver con el carácter integrado, orgánico y armónico que es propio de la auténtica sabiduría.

Cabe indicar que, en un comienzo, la Universidad estuvo dedicada básicamente a la transmisión del saber, sin constituirse aún como un centro relevante para la investigación científica. Tuvo que pasar mucho tiempo para que al ámbito universitario se incorporara también la labor de renovación y crítica de los saberes vigentes, cuestión sin la cual es imposible pensar hoy en día tanto el quehacer universitario como el proceso educativo en sí mismo.

La disposición hacia la unidad que caracterizó a la Universidad desde sus inicios adquirirá especial significado si tomamos en cuenta, además, su calificación originaria como *Studium Generale*. Tal nombre, que solía usarse con anterioridad al de *universitas*, preexistió a lo largo de toda la Edad Media y no expresaba sólo una característica extrínseca o accidental a la Universidad sino la esencia misma de su labor pedagógica y de su visión del mundo. El saber, en efecto, debía ser el fin último al que aspirara la Universidad, pero, como tal, debió conservar sobre cualquier forma particular y disgregante su fuente primordial de sentido y, con ella, su intrínseca unidad. El significado de los Estudios Generales debe entenderse, entonces, como el núcleo en virtud del cual se hace posible que la actividad intelectual permanezca unificada y orientada hacia lo que desde siempre constituyó su meta suprema: la realización plena, integral del ser humano.

Cuando con la Historia pensamos en esa asociación de hombres cuya labor residió en la búsqueda de la verdad, no podemos menos que sentirnos llamados a reflexionar sobre el presente para tratar de hallar en

nuestras propias universidades las raíces de aquel espíritu que, ofreciendo sentido y legitimidad a la actividad humana, generó la noción de una comunidad al interior de la cual se intentó interpretar la realidad con los instrumentos de la ciencia. Esta búsqueda comunitaria del saber, debemos recordarlo, no estuvo nunca referida a la mera contemplación pasiva, a la inactividad e irrelevancia de una verdad volcada únicamente sobre sí misma y, en tal sentido, abstracta e indeterminada. Se refirió, por el contrario, a aquello que los griegos llamaron *energeia* – actividad –, por medio de lo cual la indagación que busca el conocimiento quedaba vinculada a la suprema de las formas de la praxis humana: la *Theoría*.

Ahora bien, si de una parte la búsqueda de la verdad, tal como nos lo enseña la Historia, no puede reducirse meramente a su utilidad práctica ni ha de doblegarse ante intereses particulares, no es menos cierto que la solitaria contemplación arrobada ante lo que descubre, tampoco responde a la verdadera misión de la Universidad. Debemos distinguir con claridad los extremos que pervierten el compromiso inherente a toda indagación teórica, a la vez que rescatamos el sentido propio de aquella fuente originaria que da sustento a dicha actividad.

Ambas tareas revelan, ciertamente, una misma exigencia: la de concebir el *ethos* y las tareas de la Universidad dentro del marco más amplio proporcionado por la sociedad en su conjunto, tomando en consideración las responsabilidades que ello implica.

La legitimidad de la actividad teórica propia de la Universidad procede simultáneamente de dos fuentes. Por una parte, surge de la fidelidad debida a la búsqueda irrestricta de la verdad, pero, además, se debe a la realidad en que dicha verdad se encarna, a la realidad de la cual no sólo ella misma en tanto institución sino también los individuos que la conforman son parte. Para el saber, es necesario contar con un medio concreto que lo materialice y le permita mostrar a la verdad realizándose en sus determinaciones y en su complejidad. Se hace necesario apelar a una realidad efectiva, dialógica, que permita que la búsqueda de la verdad no discurra en el vacío, sino que se asiente en función de una auténtica donación de sentido con respecto a la convivencia social y a la vida personal.

Con esto me permito llamar la atención sobre las cualidades esencialmente comunitarias de la Universidad y de sus tareas, debidas en gran parte al lugar que ocupa esta institución al interior de la sociedad. Como he indicado, existe el constante riesgo de malentender la actividad teórica, ya sea reduciéndola instrumental y estratégicamente a un simple saber técnico orientado a la satisfacción de necesidades inmediatas y contingentes, saber regido únicamente por las leyes del mercado y que transforman a la Universidad de comunidad en empresa, al mismo tiempo que rebajan el conocimiento a simple mercancía. O también puede caerse en la tentación de permanecer en la estéril abstracción, anulando con ello

toda acción comprometida y dirigida a la realidad. El problema de fondo de estos dos extremos consiste, como puede observarse, en la renuncia al diálogo intersubjetivo, en la negación de la apertura al Otro y a la sociedad, y por tanto al horizonte siempre enriquecedor que la alteridad conlleva.

De lo anterior se desprende que todo proyecto educativo basado en una noción de verdad reducida a un saber técnicamente utilizable o refugiado en un ámbito de inaccesible impermeabilidad y, por la misma razón, desvinculado de sus fuentes de sentido ancladas en la comunidad viva, se hallará condenado inevitablemente al fracaso. Las razones son claras y se expresan en el ocultamiento de la relación recíproca de interdependencia que, fomentada por el diálogo, debe darse entre el discurrir cotidiano de la sociedad y la actividad reflexiva propia de la Universidad.

Estas breves consideraciones, aunque de carácter general, pueden servirnos, no obstante, para comprender la necesidad y el deber de la Universidad de conservar la unidad de las ciencias mediante el ejercicio de la lectura, el debate, la crítica y la reflexión, actividades que permiten la formación de una conciencia atenta y permanentemente cuestionadora. Ahora bien, va de sí que, estas tareas, deban ser asumidas de modo interdisciplinario, permitiendo así que todos los objetivos de la educación se incorporen en el espíritu de los estudiantes y que, de esta suerte, ellos se conviertan en personas comprometidas con su sociedad y su tiempo y por tanto siempre alertas a las transformaciones del entorno.

¿Qué es la Universidad?

Es necesario recuperar una concepción compleja, pero históricamente persistente, sobre lo que significa una universidad, una institución plena de sentidos y de significados. Por ello, resulta importante establecer cuál es la noción de lo que entendemos por universidad.

En principio, debe entenderse a este tipo de centro de estudios como una comunidad de saber dedicada a la producción, el atesoramiento y la transmisión de conocimientos, con un espíritu independiente frente a las contingencias políticas y económicas, centrado en la razón.

Una condición básica para el desarrollo de esta identidad es la fidelidad al saber libre, conducido por la satisfacción que reporta en sí mismo y que no es maniatado por intereses y valores propios de la administración de poder público o las creencias de las diversas comunidades de fe. Ello no implica que se esté sustraído de cualquier compromiso con la sociedad o, en el caso de universidades confesionales, con principios y valores vinculados a dicha creencia.

Por el contrario, la universidad también tiene una conciencia ciudadana, aquella que la ubica como un sujeto social situado en una trama de compromisos con aquellos que lo rodean. La propia idea de universidad es

insostenible sin esta otra dimensión, vinculada a obligaciones colectivas de carácter moral. Es así que su condición de ente creador y transmisor de conocimientos se complementa necesariamente con una vocación de poner tal saber al servicio del bienestar colectivo, entendido en nuestros tiempos como desarrollo humano.

Es en este sentido que debe entenderse el sentido de autonomía para la realización de sus actividades. La universidad no debe comprenderse como una entidad autárquica, alejada de la sociedad y de las leyes y, menos aún, sometida a cualquier tipo de poder, sea económico, político o, incluso, eclesial. Implica el desarrollo de una libertad creativa para la cátedra, la investigación, el pensamiento crítico y la difusión de ideas. Con esta intención busca preservarse su independencia de cualquier tipo de presión. Desafortunadamente, en nuestros países se ha entendido en forma errada este concepto, llevándolo a extremos tales como la falta de regulación adecuada para la universidad o la consagración de privilegios que no se condicen con las tareas fundamentales del quehacer universitario.

Conviven en la unidad del concepto de universidad una orientación teórica, vinculada con la naturaleza contemplativa del saber y una orientación ética, que motiva y reclama una resonancia práctica de la teoría sobre la sociedad. Esta compleja identidad se encuentra asociada con una acepción adicional de la realidad universitaria: un espacio de la universalidad de las dimensiones del ser humano, como ser intelectual y moral al mismo tiempo. De allí que la universidad nunca puede ser equivalente a una escuela técnica pragmática, dado que el conocimiento aplicativo no puede estar desvinculado de compromisos éticos amplios.

Fines de la Universidad

La universidad tiene como fin esencial la creación, discusión y transmisión del conocimiento. Tanto el conocimiento que puede ser aplicado de manera inmediata en el mundo de la tecnología y en el de la producción como el tipo de saber de las “disciplinas puras” que tienen como objetivo la verdad o la expresión de sentidos son importantes para una auténtica universidad. La docencia, la investigación y la publicación de textos académicos constituyen los medios a los que recurre la universidad para cumplir con este propósito. Por supuesto, la institución universitaria forma e instruye a futuros profesionales que ingresarán al mundo laboral, un ámbito en el que deberán desenvolverse con lucidez, eficacia y probidad. Pero el compromiso fundamental de la institución universitaria con nuestra sociedad se identifica con la búsqueda de conocimiento y con la formación del espíritu crítico entre sus miembros.

El elemento central que debiera definir a toda Universidad es la fidelidad al saber libre y compartido, procurado por la satisfacción que él

reporta y no maniatado por intereses y valores propios de otros campos como podrían ser el lucro, acceder a la administración del poder público o las motivaciones de muy respetables creencias que puedan ser ofrecidas para el diálogo y la crítica.

En segundo lugar, la universidad se centra en la formación y la enseñanza. Por ello, resulta necesario establecer qué entendemos por esta última. Concebimos a la misma como una relación social que no se agota en la transmisión mecánica de contenidos. Por el contrario, implica una formación de seres humanos por medio del magisterio y del diálogo, lo que conlleva un proceso cognitivo, moral y que pone de manifiesto relaciones de carácter afectivo. De allí se desprende la construcción de un lazo moral, edificado sobre la base del encuentro de seres humanos dentro de una comunidad en la que se reconocen.

Por ello, resulta necesario rescatar la noción de *paideia*, vinculada a la enseñanza en la antigüedad clásica. En dicha noción, se expresa una comprensión de la educación como formación integral de la persona para el despliegue pleno de su propia humanidad (en sus dimensiones intelectuales, afectivas y morales) y, como elemento esencial de ella, su condición social. No se produce una mecánica transmisión de conocimiento, sino una interacción de mutuo enriquecimiento cuyo paradigma es, en nuestra tradición, la labor socrática dirigida a motivar el crecimiento intelectual sobre la base del autoexamen, del cultivo de una curiosidad vivaz y sistemática así como de una reflexión constante sobre los compromisos que nos vinculan con nuestro entorno. Tomando esta noción, se deduce que la universidad no sólo debe formar técnicos, sino, fundamentalmente, seres humanos y ciudadanos.

La otra tarea fundamental de la universidad es la investigación. Esta no debe ser entendida como una mera actividad rutinaria, centrada en el ejercicio de ciertos medios técnicos y la producción de artículos académicos para el consumo en un círculo estrecho. Por el contrario, la investigación debe ser una aventura científica en un doble sentido.

De un lado, la labor de investigación implica un acto de audacia, que debe llevar a plantearnos preguntas cada vez más complejas y a expandir las fronteras de nuestros conocimientos. De otro lado, la investigación científica debe estar ligada con la sociedad. La universidad, por medio del conocimiento que almacena y recrea, cumple con la función de otorgar y enriquecer los sentidos y significados de los fenómenos físicos y sociales a los que nos enfrentamos.

Para poder afrontar con eficiencia estas tareas, resulta indispensable que los actores de la educación superior universitaria vuelvan al sentido original de la autonomía. Se ha asimilado este concepto a la idea de extraterritorialidad, lo que ha derivado en un solipsismo que ha deteriorado a la propia universidad. Por ello, es necesario entender la autonomía como

un derecho de autogobierno al servicio de país, que conlleva una rendición de cuentas obligada, no solo en términos funcionales o financieros, sino también en términos morales y cívicos. La autonomía también implica la defensa de la universidad frente a ideologías ciegas e intolerantes, así como frente a intereses políticos minúsculos y sectarios.

Sobre la base de esta comprensión del concepto de autonomía, debe entenderse la relación que establece la universidad con la política y con las confesiones religiosas.

En relación con la primera, la universidad debe mantener claramente delimitadas sus esferas propias y aquellas que corresponden a la vida pública del país. Ello es necesario para que exista un diálogo fructífero dentro y fuera de los campus universitarios sobre los asuntos públicos y sobre el destino de la universidad. Ya señalamos anteriormente que la universidad no puede estar ajena al quehacer social, pero tampoco puede hipotecarse a banderas políticas particulares, dado que se pervierte su rol público y termina convirtiéndose en teatro de operaciones de contiendas sectarias. En cuanto a la relación con los credos religiosos, es necesario señalar que la secularización no debiera llevar a dogmatismos anticlericales ni antirreligiosos, sino que debiera estar marcada por la necesidad de un diálogo con las iglesias, partiendo desde los criterios de validez propios del mundo científico y reconociendo los campos distintos de actuación de la fe y la ciencia.

En el caso de las universidades que se adscriben a una determinada confesión religiosa, como las nuestras, encuentran una inspiración en el mundo de la fe y el sentido de trascendencia que ella posee. Dota de sentido la labor científica, sobre todo, en los aspectos éticos. De allí su importancia para el quehacer universitario. Sin embargo, ello no debe llevar a una sujeción del conocimiento a censuras de ningún tipo, sea de contenidos o de docentes, sino a un adecuado diálogo entre fe y ciencia, que no son cuestiones reñidas entre sí, sino dos conceptos que se complementan si no se caen en extremismos.

En ese sentido, la universidad que no practicara el pensamiento libre, que no evitase las ideas petrificadas y amparadas en el solo principio de autoridad, no estaría jamás en condiciones de rendir servicios estimables a los miembros de su comunidad. La universidad que se cierra sobre sí misma y se satisface en actitudes intolerantes no solo falta a su naturaleza, sino que también se aleja del cumplimiento de toda misión espiritual, para caer en el narcisismo. No sería cristiana ni católica una universidad confesional que descuidara pues la búsqueda libre del conocimiento y su aplicación en la vida social para, más bien, encerrarse en verdades que no puedan ser objeto de estudio y libre adhesión.

La universidad es un espacio en el que se cultivan las diferentes manifestaciones del saber, diversos métodos y enfoques. Es un lugar en el que se le

rinde culto al rigor científico, a la capacidad de argumentar y de crear, y al trabajo con fuentes y evidencias. La razón, y no la fuerza o la arbitrariedad, constituye la pauta para suscribir una perspectiva o tomar una decisión; los consensos se construyen a través del intercambio de razones. Por eso la universidad tiene que ser plural, un lugar para el ejercicio de la tolerancia y el encuentro de las diferencias. Debe admitirse el punto de vista que se sostiene en argumentos consistentes, o que exhiba evidencia. La práctica habitual de gestión del conocimiento en la vida universitaria – en las clases, en los procesos de investigación– consistente en examinar argumentos y admitir los mejores, encierra una profunda lección ética: el rechazo de la violencia, de la manipulación ideológica y del dogmatismo. La apertura a una vida racional, el acoger la diversidad, valorar la crítica y estar atento a las razones de los demás.

La universidad es en cierta forma el espacio de construcción de la conciencia crítica de una sociedad. Una de las grandes tareas de la institución universitaria es pensar el país, sus estructuras e instituciones, las ideas desde las cuales se organizó como tal, los valores que movilizan a sus miembros. Discutir lo que nos importa como comunidad política, promover sentido de ciudadanía y contribuir con el ejercicio de la justicia.

El efecto distorsionador de la creciente mercantilización de la educación ha generado que esta importante dimensión de la formación universitaria se torne menos visible ante nuestros ojos. Para muchos promotores de la llamada “universidad-empresa”, se busca únicamente la capacitación de profesionales funcionales a lo que el sector privado busca. La investigación, la preocupación por el conocimiento en tanto tal, la reflexión sobre nuestra vida comunitaria y la calidad de nuestra democracia desaparecen como elementos relevantes del quehacer universitario. Perder de vista las posibilidades de sentido que entrañan el conocimiento y la ciudadanía tiene un alto precio. En la medida en que las facetas de la vida de la universidad se estrechan y empobrecen, perdemos horizontes de reflexión y de acción para hacer de nuestra sociedad un auténtico recinto de libertad y realización humana.

Finalmente, no hay que olvidar el sentido ético de la tarea educativa. La relación que se entabla en la tarea educativa difícilmente puede reducirse a la transmisión de conocimientos, por exactos y hondos que estos sean. Antes que ello, se trata de una relación cargada de moralidad y afecto. Sin estas características y sin un contenido ético, toda acción educativa estará abocada al fracaso y toda vocación docente se dirigirá a la frustración.

Y si la tarea de educar es comprometerse en una relación afectiva, es claro que ella no puede ser, en esencia, sino un acto de reconocimiento. Es una relación humana en la cual el maestro regala reconocimiento y abre vías para el auto-reconocimiento, y todo ello ocurre desde las instancias básicas de nuestra interacción con los demás, comenzando por aquella que ciertos pensadores fundamentales encuentran en la mirada.

«La salvación está en la mirada», señala Simone Weil, y esa es una idea que podemos hallar también en Emmanuel Lévinas. Salvación, ¿de qué? En la relación educativa, se trata de salvarse una y otra vez de la deformación técnica de la enseñanza, de la degradación de la vocación en simple acto contractual, de la imperceptible fusión de cada estudiante en una masa anónima y sin rostro. La mirada dada y recibida particulariza, salva lo que hay de vida en el acto de educar, lo protege de la rutina, del imperio de los procedimientos, de la fuerza neutralizadora del método.

Esa mirada que constituye camino de reconocimiento tiene, además, en países como los nuestros, otra imperiosa función: la de liberarnos de esas terribles lacras de nuestra vida colectiva como son la marginación, la discriminación, el racismo, la reproducción de un mundo de privilegiados y excluidos. Esos lastres se encuentran enraizados también, desde hace mucho tiempo, en nuestros sistemas educativos, en sus prácticas y hábitos, así como en su propia organización institucional. Y frente a la fuerza en apariencia invencible de lo que está escrito en nuestro proceso histórico, solo se puede levantar, una vez más, la mirada de sujetos libres: el maestro tiene que escoger una mirada distinta, independiente de lo que su ambiente le manda, dirigida al encuentro y el diálogo y no a la clasificación, que es manía propia de una sociedad de castas. Esa mirada salva y lo salva. Esa mirada libre de prejuicios, que ve en el corazón de cada niño un fin absoluto, puede ser, al fin y al cabo, todo lo que el maestro debe saber.

Ser docente y, en un sentido más elevado, ser maestro es practicar y enseñar esa piedad que nos conduce a la sublevación moral; es abrirse uno mismo, y ayudar a los demás a abrirse, a ese dolor que nos hace actuar. Esta educación para la compasión va a contracorriente de concepciones más estrechas que privilegian u otorgan exclusividad a la transmisión de saberes específicos y que, al así hacerlo, dejan de lado la ética como contenido y forma, sustancia y medio, de la educación. Esos modelos de enseñanza se colocan, finalmente, al margen del mundo; optan por la ignorancia en su sentido más radical.

El sentido de la Universidad frente a la globalización

Decíamos al inicio de esta ponencia que la universidad debe ubicarse frente a los retos de la globalización. Este proceso no solo implica el intercambio comercial, sino que, fundamentalmente, supone la transmisión de conocimientos y saberes. Asimismo, la internacionalización de la labor universitaria implica la generación de un mayor entendimiento entre las distintas naciones, así como la necesidad de trabajar alrededor de la solidaridad humana y la diversidad cultural. Ser conscientes de estos retos no implica convertir a la universidad en una transnacional de la educación, sino en un vehículo de transmisión de conocimientos, que deje de lado una relación asistencialista, como la que se ha visto en los últimos años.

Para ello, resulta indispensable que los Estados piensen en una política universitaria que contemple este aspecto. Sin un aparato institucional que apoye el fortalecimiento de su sistema universitario y que ponga en primer plano, en sus relaciones diplomáticas y de cooperación con otras naciones, la inserción internacional de sus centros de estudios superiores, es previsible que las universidades encuentren menos puertas abiertas y más dificultades para articular estructuras internacionales de cooperación.

En el caso de los países en vías de desarrollo, la internacionalización resulta una apremiante necesidad y para atenderla, la universidad – acompañada por el Estado y por la sociedad en general – deberá mejorar varios aspectos de su funcionamiento interno. Se trata de una labor fundamental a cumplir, pero antecediéndola y dándole sentido se halla una necesidad mayor: la de reflexionar sobre la naturaleza y la misión de nuestras universidades, asumiendo su condición de centros formadores de seres humanos íntegros y aceptándolas como espacios de libertad en los que se ha de generar conocimiento riguroso y crítico.

La globalización tiene otra faz: la primacía de una visión pragmática y utilitarista enfocada únicamente en sacar el mayor provecho posible del mercado. Y en el campo universitario, se corre el riesgo de concentrarse estrictamente en el lucro y las demandas del mercado, tanto para la elección de la oferta de carreras a brindar a los jóvenes, como en un enfoque centrado estrictamente en los quehaceres estrictamente técnicos para conseguir un empleo rápido y bien remunerado, olvidando otras facetas del aprendizaje.

La misión de una universidad que se precie como tal es trascender, por un lado, la actitud conservadora que ancla la institución universitaria en el pasado por simple prurito de tradicionalismo, y aquella otra euforia ingenua y osadía irreflexiva que sigue dócilmente de las modas del día a día. Vivimos tiempos desafiantes que reclaman de la universidad afrontar la realidad con actitud crítica y de apertura, lo que es muy distinto de someterse pasivamente a las olas de los tiempos. La universidad, que es, por excelencia, el recinto del saber, debe asumir por entero el compromiso de liderar, y ser ella misma la gestora del cambio.

Hoy, más que nunca, la humanidad tiene al frente un escenario de definiciones surgido de las grandes transformaciones que experimenta el mundo; cambios económicos y sociales de muy diversa índole; innovaciones tecnológicas que modifican considerablemente la producción, las comunicaciones y las relaciones entre las personas; desafíos inéditos para las naciones que, como la mayoría de nuestro continente, buscan el desarrollo; expansión veloz de una libertad que, a la vez que abre el camino de realización de las personas, es portadora de riesgos de desorientación intelectual y moral. Todos esos cambios reclaman de la universidad una puesta al día; todos ellos presionan y exigen respuestas oportunas que permitan seguir el paso a un mundo en rápida marcha.

Dicho lo anterior, debemos señalar que el ser y la identidad de la Universidad se expresa esencialmente en su quehacer. Es, por tanto, vida, acción decidida que avanza de un modo incesante para alcanzar un fin: el acercamiento a la verdad a través del saber y del conocimiento. Ello implica a su turno un objetivo y un compromiso: el mejor servicio que el hombre busca para sí y sus semejantes. Al ser el conocimiento un elemento constitutivo natural y al mismo voluntario de la universidad, una de sus tareas irrenunciables es reflexionar continuamente sobre lo que ella es y lo que debe hacer. Dicha deliberación debe hacerse a partir de la conciencia que ella es una *comunidad de conocimiento*, es decir, una comunidad en la que se vive *en, por y para* el conocimiento.

La universidad se halla inscrita dentro de la sociedad humana. Está constituida por un conjunto de personas unidas por diversas afinidades. Entre ellas, la pasión teórica y la inclinación a considerar los hechos, fenómenos y procesos del mundo físico y humano por encima de sus contingencias más menudas, una verdadera vocación de conocimiento. Esa comunidad interna vive, por lo demás, en una actividad incesante, ineludible, que está pautada por la acumulación, la comunicación y la innovación del saber. Tal actividad ha de contemplar ciertamente la pluralidad de saberes. La intelección humana ha de ser reflejo y aprehensión creativa del mundo y éste es variado y complejo. Y sin embargo, esa variedad, que es signo de nuestra obediencia al ser plural del universo, ha de estar conciliada con la unidad sustancial, que es propia de nuestra razón y de nuestra espiritualidad.

Plural y unitaria a un tiempo, la actividad del conocimiento debe hallarse sustentada en principios permanentes que hagan justicia a la verdad y sean fieles a los objetos y procesos que se estudian. Es necesario, por tanto, que esta comunidad mantenga una suerte de ética de la sabiduría por la cual rehúya los criterios de oportunidad y mera eficiencia como paradigmas de conducta. Ninguna moda ideológica, ninguna visión estrecha y determinista, ha de condicionarla ni hacerle perder de vista la misión para la que fue creada.

Para poder ofrecer esos saberes, la universidad debe gozar de una condición fundamental: la autonomía. Este concepto, muchas veces tergiversado, debe entenderse como un derecho al autogobierno para así cumplir con servir a la sociedad. Con la conciencia añadida de que no hay derecho sin responsabilidad, no hay autonomía sostenible sin rendición de cuentas obligada. No se trata únicamente una rendición de cuentas financiera o funcional, sino también moral y cívica: la autonomía de la universidad, que es necesario defender, debe defenderla también de la colonización de los claustros por ideologías intolerantes y por intereses políticos minúsculos que, paradójicamente, la terminan alejando de la preocupación por la cosa pública que, por su propia naturaleza, ella siempre debería tener.

La degradación de nuestras preguntas, la transformación del conocimiento en estrategia, procede de un pragmatismo arrogante que se ha enseñoreado

en la vida de nuestras sociedades. En efecto, hoy existe una corriente cada vez más dominante que percibe al conocimiento como una materia que puede ser guardada en almacenes y vendida en partes. La universidad sería entonces un gran depósito en donde se transfiere conocimiento a cambio de dinero, mientras que el valor de cada conocimiento se debería medir por la demanda de los estudiantes, convertidos en clientes. Se ha llegado a postular que este es el modelo más honesto y eficiente de educación, pues está basado en el pragmatismo, la utilidad, la calidad del servicio que es juzgada por los réditos que se obtienen de este servicio.

Ahora bien, el conocimiento no es una materia objetiva que puede transferirse de una a otra persona, no es un bien que pueda ser etiquetado con un precio, no es una mercancía capaz de adaptarse a una estrategia de ventas.

El conocimiento es una producción colectiva, que emerge de la actividad comunitaria del desarrollo del pensamiento. Es, por tanto, una creación y una recreación constantes, situadas y, como ya lo he explicado, sostenidas por la experiencia del diálogo. El conocimiento es la producción de un colectivo, se hace posible en el intercambio, en la interacción y el esfuerzo crítico conjunto. Se despliega pues como una materia dialéctica e intersubjetiva, que nos constituye como personas y que, al igual que cada uno de nosotros, se halla en constante renovación.

El conocimiento así entendido entraña, pues, una dimensión moral. El saber le permite al hombre dominar su entorno, disponer de un extenso campo de acción preñado de infinitas posibilidades que demandan continuas decisiones. Esas decisiones, asumidas en el ejercicio de su libertad, no sólo deben responder a un mero beneficio individual, sino también a un fin más amplio: el saber vivir con los otros para construir un mundo en el que el desarrollo de las capacidades humanas sea posible. Pero esto es justamente lo contrario de reducir al hombre a ser una máquina productiva o un organismo de consumo. Más aún, en universidades como las nuestras, en las que un sentido católico y congruente con el Evangelio supone una visión ética en la que la solidaridad sea la materia prima para la construcción de una mejor sociedad, sin renunciar al beneficio individual, pero enmarcándolo en una misión compatible con la responsabilidad social.

Unas palabras finales sobre la Universidad como recinto del diálogo y la crítica: nada, ni edificios ni maquinarias, ni paredes ni equipos, puede sustituir en el ámbito de la universidad al poder del discurso compartido y del diálogo, incluso la discusión, de buena fe. Podemos imaginarnos la enseñanza y el aprendizaje desprovistos de todo recinto material, pero sí es un contrasentido practicar la vida universitaria ahí donde la fe en las palabras se ha perdido y donde el discurso se ha pervertido en mentira y fraude o se ha adelgazado hasta convertirse, apenas, en lenguaje instrumental, propio para manuales de este o aquel aparato, pero no para la creación de relaciones humanas.

El gran enemigo de la democracia y de la salud de la cosa pública no es en primer lugar la corrupción ni la inacción, sino la degradación del lenguaje. Por ello, si hay un cometido inexcusable para la universidad actual, como aporte a la construcción de la ciudadanía, que es otra de sus tareas principales, es el de preservar el poder comunicante y vinculante de la palabra. Antes que educar profesionales, antes que dar títulos a ingenieros, abogados o economistas, la universidad forma personas y la persona es el individuo trasladado hacia la plenitud de su identidad, reconocida por otros y por sí misma dentro en una comunidad de sentido.

Por desgracia, no es exagerado afirmar que se va imponiendo entre nosotros – en mayor o en menor medida – lo que podríamos llamar la *insignificancia*. La entendemos como la pérdida del sentido, incomunicación, desapercibimiento de los compromisos que contraemos al dar nuestra palabra como autoridades o como ciudadanos corrientes, sordera ante la interpelación de los demás y sobre todo ante el clamor de los desposeídos o los excluidos, complacencia en el debate estéril, concentrado más en la interjección y el apóstrofe, acaso en la salida ingeniosa, que en el argumento y la demostración.

Arruinado el diálogo cívico, nuestros canales para tomar decisiones públicas claras resultan, en efecto, precarios y, sobre todo, equívocos, es decir, remitentes no a uno sino a varios sentidos posibles, según la interpretación de cada quien, y por lo tanto, inútiles para la formación del consenso y para la unión de fuerzas y voluntades. La defensa y el estudio de la palabra deben ser, pues, tareas eminentes para la universidad dentro de todos los campos disciplinarios porque es, de esta manera, que el saber garantiza su conexión con el mundo y, sobre todo, puede constituirse en moralmente fundamentado. Como sostuvo Octavio Paz en *El arco y la lira* que “todo periodo de crisis se inicia o coincide con una crisis del lenguaje”, para agregar líneas más adelante que “no sabemos dónde empieza el mal, si en las palabras o en las cosas, pero cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido de nuestros actos y de nuestras obras también es inseguro”.

Así, la universidad debe moldear seres humanos, hombres y mujeres libres y con autonomía, quienes están aptos para ejercer su criterio de manera independiente, pero sin olvidar los compromisos que nos vinculan con nuestros semejantes. La institución universitaria debe asumir, en los tiempos actuales, su papel de escuela de ciudadanía, de formación humana en el pleno sentido que demandan los tiempos actuales. Este no es un llamado a conservar la universidad sino a comprender su papel en el presente. Ella debe responder a los desafíos del conocimiento en una sociedad del conocimiento. Los tiempos actuales, cabe recordarlo, en donde el mayor valor está depositado en el conocimiento y la innovación son propicios para augurar que, después de la crisis del mercado global, despertará la conciencia de un nuevo humanismo, ya expresado en gran medida en los movimientos ciudadanos globales. Hoy sabemos, con seguridad, que la sociedad construida sobre los escombros de

la Segunda Guerra Mundial tiene que ser reparada desde una visión que comprenda la plenitud de la naturaleza humana y su realización en un entorno ambiental cada vez más frágil y que exige un fuerte compromiso con el futuro.

Conclusión

Recuperar el sentido de la universidad resulta indispensable para nuestras sociedades. Queremos que los egresados universitarios sean excelentes profesionales, que dominen las técnicas y herramientas propias de su especialidad y que puedan integrarse en forma adecuada al cada vez más competitivo mercado laboral. Pero, como lo hemos mostrado, la formación universitaria no se circunscribe únicamente a la dotación de conocimientos destinados al eficiente desempeño profesional, sino que vamos más allá. Debemos procurar que los alumnos sean capaces de aprender por sí mismos, que tengan competencias de investigación destinadas a la generación de conocimientos y que puedan tener una idea básica de la vastedad del saber humano, en ciencias y humanidades.

Asimismo, necesitamos profesionales que, más allá de sus habilidades, se comprometan con valores éticos y con la mejora de las condiciones del entorno que lo circunda, cuestión que enfatizamos tanto en los cursos que impartimos como en nuestra práctica cotidiana. Y, como parte de su compromiso ético, se requiere que la universidad brinde una voz serena y firme sobre los problemas de cada uno de nuestros países en coyunturas especialmente importantes para ellos.

También aspiramos a que nuestras universidades sean generadoras y depositarias de manifestaciones culturales diversas, que muestran las distintas culturas que forman América Latina. De allí la importancia de las artes en la formación de nuestros alumnos, así como el impulso de elencos propios, de investigación en materia cultural y artística, así como la existencia de centros dedicados exclusivamente a la difusión de las artes en todas sus expresiones.

Es cierto, nuestra tarea no está ajena a factores económicos o a exigencias de organización moderna, pero las mismas están sometidas a fines superiores, la búsqueda de la verdad, la formación plural, la solidaridad y la formación de hombres y mujeres como seres humanos en todas sus dimensiones.

Para continuar con la mejora de nuestras tareas, resulta indispensable que las universidades latinoamericanas aceleren su proceso de acreditación, con miras a contar con una certificación que nos permita fundamentar en un documento serio y creíble nuestra calidad, así como contar con un sistema de aseguramiento de la calidad y mejorar nuestra rendición de cuentas. En sociedades como las nuestras, en las que el crecimiento económico de la última década ha mostrado avances significativos

frente a otras regiones, constituye un escándalo que pocas de nuestras universidades, por no decir ninguna, se encuentre entre los primeros lugares de excelencia académica en los distintos rankings que se presentan periódicamente. Es momento que comencemos a preocuparnos más por la educación.

Así, en tiempos en que en América Latina se habla cada día más sobre inclusión social y la consolidación de los avances económicos y democráticos de la última década, contar con universidades de calidad se vuelve una labor fundamental para la política y la academia. Es necesario que nuestras instituciones educativas cumplan el papel que les corresponde en la vida nacional y que vuelvan a tener una voz respetada en el debate público, sobre todo, en el de su propia subsistencia y mejora de sus condiciones de funcionamiento. Para ello resulta indispensable volver a las raíces, a la esencia de nuestro quehacer, a la contemplación y generación del saber en todo su esplendor, desde una perspectiva ética.